

## **Ruiz Ibáñez, José Javier, *Non auro, sed ferro. La gloria en el ocaso de la hegemonía española a finales del siglo XVI en el norte de Francia*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 2025, 484 págs. ISBN: 978-84-375-0799-6**

**Óscar Mazín**  
El Colegio de México  
email: mazin@colmex.mx

<https://dx.doi.org/10.5209/chmo.109606>

Hay temas y enfoques que marcan la trayectoria de un historiador, son una especie de matriz de su quehacer. Desde hace treinta años, el ejercicio diferenciado de los poderes locales y la conformación imperial de la monarquía de España en sus fronteras fundamentan las indagaciones de José Javier Ruiz Ibáñez. Sus escritos destilan la miel del saber histórico y propuestas de procedimiento encaminadas sobre todo a las nuevas generaciones. En efecto, el autor ha desbrozado parcelas diversas de esos ejes en artículos y libros tanto a escala regional como de la vasta monarquía de España, a veces en solitario y otras acompañado de autores como Robert Descimon o Gaetano Sabatini<sup>1</sup>.

En la estela de esos trabajos sobresalen ciertamente las acciones del ejército del rey de España en villas y ciudades de la Picardía francesa durante la última década del XVI. Justificada por una “liberación” de la población francesa católica, esa presencia corría en paralelo con el dominio de los condados de los Países Bajos, posesiones del Rey de España desde finales del siglo anterior. De suerte que las posiciones hispano-flamencas lograron, nos dice Ruiz Ibáñez, mantenerse y actuar de manera permanente sobre el norte de Francia al tiempo que protegían el sur de los “Estados Bajos de Flandes” de un ataque a gran escala. La presencia de la guarnición hispano-flamenca que los radicales católicos de París habían aclamado y acogido en 1591-1594, para “liberar” su patria de la guerra civil, se transformó en guerra entre las monarquías de España y Francia entre 1595 y 1598.

Las acciones militares hispanas en el norte de Francia son tan relevantes en la trayectoria de nuestro autor, que de sus trabajos sobre la incorporación de la ciudad y arzobispado de Cambrai a la monarquía de Felipe II en 1595, se desprende un paradigma de explicación de la Monarquía española en su fase de mayor expansión hegemónica<sup>2</sup>. En el sentido de que, al filo de los años, Ruiz Ibáñez intuyó que en una misma época las poblaciones ubicadas en las fronteras y vecindades de esa entidad planetaria se enfrentaron a la opción de pronunciarse a favor o en contra del rey de España. Estamos, pues, ante una especie de sextante de navegación del rumbo y altura de una entidad policéntrica y planetaria.

<sup>1</sup> Robert Descimon y José Javier Ruiz Ibáñez, *Los franceses de Felipe II. El exilio católico después de 1594* (Madrid: Fondo de Cultura Económica de España, 2013); José Javier Ruiz Ibáñez y Gaetano Sabatini, «Alliés, voisins et ennemis du roi d'Espagne: La puissante faiblesse de la Monarchie hispanique (1580-1620)», *Annales, Histoire, Sciences Sociales* 75, n.º 1 (octubre de 2020): 41-72.

<sup>2</sup> José Javier Ruiz Ibáñez, *Felipe II y Cambrai: el consenso del pueblo. La soberanía entre la práctica y la teoría política. Cambrai (1595-1677)* (Rosario: Prohistoria, 2003).

Dicho de otra manera, la interacción del ejército de Flandes con las poblaciones del norte de Francia suscitó en nuestro historiador la necesidad de examinar, por analogía, los demás horizontes de la monarquía de España. Tamaña empresa a 360 grados fue acometida por José Javier y en 2022 nos entregó su *Hispanofilia. Los tiempos de la hegemonía de España*, en dos volúmenes. Ese título designa no solo un punto de vista que esclarece la comprensión de los mundos ibéricos. Es también un procedimiento histórico atento, entre otros testimonios, a los vestigios que nos han quedado de aquellos tiempos. Por cierto, en la trayectoria de Ruiz Ibáñez se entrevera una exitosa línea editorial de carácter transversal llamada "Vestigios de un mismo mundo. Valoración e identificación de los elementos del patrimonio histórico conservado en las fronteras de la monarquía hispánica". Al llamado generoso de José Javier nos hemos sumado a participar en ella varios colegas e instituciones.

*Non auro sed ferro. La gloria en el ocaso de la hegemonía española a finales del siglo XVI en el norte de Francia*, es una obra que originalmente estaba prevista para formar parte de los volúmenes de *Hispanofilia*. Sin embargo, su autor decidió dejar su publicación para otro momento. Este ha llegado, enhorabuena. José Javier revisita, pues, la presencia militar hispana de finales del siglo XVI en el norte de Francia a una escala micro. Hurga en las expresiones de esperanza y favor de la población en villas y ciudades picardas a cambio de la protección del Rey Católico mediante privilegios y gracias.

El libro está organizado por la convergencia de la presencia hispana, ya sea en términos de su adaptación a las poblaciones locales o de su rechazo por estas. Seis capítulos despliegan su contenido. El primero describe el escenario con especial atención a villas y ciudades. Se halla enmarcado en el tiempo largo de hasta cuatro siglos como un espacio fundamentalmente católico, lo que condicionó su agregación diferenciada a la Liga Católica Francesa a consecuencia de las guerras de religión, que se vieron reactivadas. El segundo capítulo indaga en el porqué de la guerra que Enrique IV de Francia declaró en 1595 al rey de España, misma que concluyó en el tratado de Vervins de 1598. También se analizan las acciones de conquista del ejército español de Flandes y el desarrollo del conflicto. Especial relevancia tiene la composición de las tropas y sus tradiciones. El tercer capítulo propone una pluralidad de lecturas, sobre todo la de los planes geoestratégicos del dominio hispano en caso de haber triunfado, así como la divergencia de intereses materiales y políticos de villas y ciudades, solamente unidas por la implacabilidad de la guerra. En el cuarto, el autor ahonda en el grado considerable de autonomía de la población en cada sitio y en la capacidad de la guerra para suscitar formas diversas de territorialización, espacios de salvaguarda y ámbitos de saqueo. Felipe II proclamaba su intención de liberar a los franceses de una tiranía, en lugar de admitir que estaba en guerra contra el nuevo rey de Francia. Sin embargo, las exigencias del conflicto se multiplicaron y el desorden suscitó motines en el ejército español en la mayor parte de las aglomeraciones ocupadas. Finalmente, en los capítulos cinco y seis se estudia con suma minucia cómo se desplegó la administración resultante de la conquista como práctica y su repercusión en las relaciones entre conquistadores y dominados. El autor distingue entre aquella población que permaneció bajo el dominio español y la que decidió huir. El relato se cierra dando cuenta del punto de vista de los conquistados, de sus intereses y evolución.

Me parece que esta obra es reveladora de tres claves del paradigma de estudio antes mencionado. La primera es la configuración profundamente urbana de la monarquía que corre a lo largo de estas páginas. Se trata de un escenario de guerra de frontera estructural reivindicada por las ciudades y compartido por ambas monarquías, francesa e hispana. Tenemos así un teatro o panorámica de las campañas militares de los últimos años del siglo XVI, luego de la desintegración del poder real en Francia en 1589. De suerte que la mayor parte de ese territorio oscilaba, ya fuera hacia la fidelidad de los católicos del reino y su Unión, o bien hacia la sumisión ventajosa al "hereje relapso" o impenitente Enrique de Navarra, recién convertido, en ciudades como Amiens, la capital, Calais, puerta marítima del continente y refugio de las armadas de España, o bien en la fortificada Doullens. Estas poblaciones presentan peculiaridades locales que condicionaron formas de agregación, ya fuera a la Liga Católica francesa amparada por Felipe II o a Enrique IV, primer monarca de la Casa de Borbón.

Una segunda clave de lectura es la manera original en que en cada sitio se dio el conflicto y se incorporaron las conquistas para presentar el auxilio del Rey Católico como legítimo. No era un dominio efectivo, nos dice el autor. Las tropas “españolas” actuaban como aliadas del poder local constituido, que las podía ver como auxiliares. De ahí que se planteara la cuestión de si había conquista o liberación de cada territorio a favor de la Liga Católica. Ruiz Ibáñez nos explica que el ejército de Flandes era una maquinaria profesional que constituía una erogación onerosa a las arcas reales. Le caracterizaba su capacidad de arraigo a los intereses locales, no solo militares, sino también económicos y hasta asistenciales. Y es que, a una misma cultura compartida correspondieron respuestas disímiles cuyos intereses divergentes resultaron unidos por la contundencia de la guerra. Dependiendo de los grados de destrucción y de negociación, en cada villa se organizó un gobierno y sobrevino una posteridad peculiar. Aun cuando las tropas eran pagadas con retraso o a destiempo, el ejército era considerado como una alternativa posible de vida. Pero, además, la guerra propiciaba la toma de cautivos y la demanda del pago de rescates, como ocurría en el Mediterráneo y en el Nuevo Mundo, lo que constituye un aporte más de este libro a la producción historiográfica reciente<sup>3</sup>.

En tercer lugar, me parece que a estas páginas subyace un referente implícito de la Antigüedad clásica. En particular de la noción antigua de *imperium* como expresión del ejercicio diferenciado de un mando supremo reacio a la uniformización, rasgo tan sustantivo de la monarquía de España. Gracias a que la proyección de esta última había crecido en todas latitudes a escala planetaria, aquella “guerra del norte” se había consolidado como ámbito militar de prestigio y como trayectoria profesional. Y aun cuando Enrique IV llegó a asentarse en su trono esparciendo propaganda hispanófila por doquier, “el viejo engranaje imperial no solo había funcionado para conquistar ciudades como la misma Amiens, sino para mantenerlas”, nos explica el autor.

Los soldados del Rey Católico se sentían, pues, herederos de una tradición militar eminente que en este libro incluye hasta sus formas de espiritualidad. El título latino del libro que hoy nos reúne *Non auro, sed ferro*, es evocador de esa impronta imperial, ya que alude a una frase en que el héroe romano Marco Furio Camilo rechaza que la *republica* haya de pagar el soborno de los vencedores y el tributo a los galos. El último lustro del siglo XVI sería recordado, ya fuera como el triunfo final de Enrique IV en los anales de la historia oficial francesa, o bien como “un tiempo de gloria irrepetible” y pronto echado al olvido, para los veteranos españoles.

Como su *Hispanofilia*, la *gloria en el ocaso de la hegemonía de España* está concebida por el autor como una propuesta interpretativa. En el sentido de que las campañas militares en la provincia de Picardía no son un fin, sino un medio o instrumento para escrutar una aproximación “plurifocal” de la historia de la monarquía en sus confines y fronteras. Es decir, para entender que a partir de 1594 las personas se vieron forzadas a definirse por o contra el Rey Católico “al tiempo que lo hacía el resto del mundo”, de suerte que se impone preguntar ¿cómo sobrevivió ese dominio en los Países Bajos en términos de consenso con las élites urbanas? pero también ¿cómo contribuyó a consolidar el poder de su principal adversario, Enrique de Borbón tras ganar la guerra declarada en 1595 a Felipe II luego de las tres décadas que asolaron el reino de Francia?

Desde una perspectiva de procedimiento, visitar la empresa militar aquí narrada implica para José Javier Ruiz Ibáñez “movilizar los testimonios”. Yo entiendo esto como la posibilidad de hacerse cargo de las virtudes y dificultades heurísticas de sus fuentes<sup>4</sup>. Y más aún en este caso en que, a falta de una base documental, es decir, de testimonios específicos a que recurrir de manera extensa, el historiador tiene que integrar su propio conjunto documental con indicios aislados y dispersos. Por esta razón, el relato se nutre forzosamente de elementos de historia política, militar, económica, social, cultural y religiosa. De ahí que, para José Javier ese procedimiento pueda ser aplicado a los demás escenarios de fronteras de la monarquía. Se trata, entonces, de un estudio “a ras de suelo” de un momento y tiempo ambiguos en que la historia es

<sup>3</sup> Varios autores, «Une civilisation de la captivité: Les mondes hispaniques aux XVIe-XVIIIe siècles», de próxima publicación en la revista *Annales, Histoire, Sciences Sociales*.

<sup>4</sup> Óscar Mazín, ««Procedencia documental y enfoque biográfico en el estudio de procuradores y agentes de la monarquía de España» (En prensa).

comprendida de acuerdo con las personas que la vivieron y no definida desde nuestras necesidades y prioridades. Esto hace posible entender cómo se reformuló la intervención del poder imperial hispano en términos sobre todo de sus aliados locales. No pocas veces, la política era definida por la religión, como en Amiens, donde la afinidad confesional con los conquistadores hispanos llegó a ser destacada por agentes mediadores. La toma o sumisión de las plazas se halló acompañada de la puesta en funcionamiento o de la restauración del culto y de las corporaciones católicas.

Pero, aplicar el mismo procedimiento a otras latitudes también implica saber modular el tempo o ritmo de los procesos. En el sentido de plasmar momentos de enorme indefinición, plurales y complejos, “dado que las conquistas de los españoles podían ser presentadas como operaciones de liberación en medio de una guerra civil”, según lo propusieron desde 2009 José Javier y Gaetano Sabatini en el memorable artículo “Monarquía como conquista”<sup>5</sup>. La gente protagonista de este libro se movía al filo de dos nudos temporales: uno, el de la hegemonía expansiva hispana que no acababa de terminar, y el de la subsecuente hegemonía por reputación a ser alcanzada con muchas más dificultades y resistencias. Efectivamente, las conquistas del Perú y de Nueva España se habían presentado como “liberadoras” del yugo de incas y mexicas. Sin embargo, implicaron la irrupción de inestabilidades y el mantenimiento de la violencia. Así, pues, también en el Nuevo Mundo fue necesario negociar consensos y reconducir el poder imperial, pues su posición ventajosa no podía durar de manera indefinida.

La complejidad de aquellos años crece cuando el autor se echa auestas la tarea de documentar y explicar lo inasible, es decir, algo que pudo llegar a ser y que no llegó a concretarse, la historia de un espacio azaroso “que no tuvo personalidad propia o posteridad”, una tierra de excepcionalidad. La hegemonía hispana era indefinida, contradictoria y en ella cupieron tradiciones jurídicas diversas. El hundimiento de la presencia hispano-*ligueuse* en el norte de Francia entre 1593 y 1594 puso fin a la posibilidad real de sostener a uno de los partidos en guerra civil. Ese azar se halla caracterizado por tendencias de circulación en una frontera militar sumamente móvil. En ellas destaca un personal europeo e incluso americano, que dejó a su paso testimonios, visiones y técnicas.

Eso no excluía la identificación del “otro” como un colectivo. Según el autor, “españoles-borboñones eran todos los ocupantes, por más que hubiera individuos procedentes de Irlanda, Italia o los Balcanes; ‘franceses’ eran todos los pobladores, ya fuesen miembros de la liga o bien realistas”. Los primeros eran presentados por los propagandistas de Enrique IV en términos de degeneración y envilecimiento. Sin embargo, como siempre, la situación era más compleja. Nos dice Ruiz Ibáñez que había intermediarios culturales e idiomáticos que permitieron la convivencia y los intercambios.

En las ciudades conquistadas como Amiens o Doullens, las poblaciones locales llegaron a considerar que las tropas de Felipe II respetaban cierto tipo de reglas para permitir la convivencia. La religión y los lugares de culto eran un espacio de reconocimiento. No hay que olvidar que la confesionalidad era un hecho social y cultural. En el conjunto subyace el ejercicio de las armas, de las letras y de la espiritualidad, lo cual hizo de la monarquía hispánica un modelo de cultura latente entre 1560 y 1640. Según Ruiz Ibáñez, el catolicismo ibérico era atractivo para las élites francesas.

Las conclusiones del autor, gran profesor de historia, son rotundas. La monarquía de Felipe II no fue lo suficientemente formidable para triunfar sobre sus vecinos. Su poder no ganó la suficiente credibilidad para reactivar a sus aliados franceses. No prevaleció un mundo en expansión, sino un enfrentamiento entre príncipes donde la hegemonía consistiría en la lucha entre pares y no en un liderazgo global. En otras palabras, el consenso que permitió el fin de las guerras de religión se sobrepuso a las posibilidades de expansión de la hispanofilia. Las decisiones de los agentes se orientaron hacia el cierre de un tipo de hegemonía y al inicio de otra de distinta índole.

---

<sup>5</sup> José Javier Ruiz Ibáñez y Gaetano Sabatini, «Monarchy as Conquest: Violence, Social Opportunity and Political Stability in the Establishment of the Hispanic Monarchy», *Journal of Modern History* 81, n.º 3 (2009): 501-536.

El ejemplo de Cambrai de incorporación voluntaria a la monarquía de Felipe II no pudo darse en las otras aglomeraciones por falta de recursos. Tocó al Rey Católico fundar la fuerza de su autoridad en el hierro y no en el oro. El crédito de la Monarquía de España en el plano local se había agotado. En cambio, el acuerdo de Enrique IV con las élites local y regional alcanzó solidez.